

Taciano se dexó despues seducir de los errores de Valentino, Marcion, y Saturnino, y fue autor de la Secta de los Encratitas, ó Continentes, los quales realizaban la continencia de tal modo, que trataban al matrimonio de exceso y de infamia.

ron una reputacion muy grande. Los que la abrazaron tomaron indistintamente los nombres de Tacianistas, Encratitas, Continentes, Severianos, Apotácticos, Sacóforos &c. Otras muchas obras que escribió Taciano, además de la Apologia ó Discurso contra los Gentiles en favor de los Christianos, de que aquí se habla, han perecido, y no se halla sino algun frag-

mento en los escritos que nos han quedado de los primeros siglos de la Iglesia. Ya que el Abate Gourci ha tenido por conveniente hacer aquí mencion de la Apologia de Taciano, nos ha parecido tambien oportuno presentar una sucinta idea de los errores de este Heresiarca, para que no se confunda con los Padres de la Iglesia, cuyas Apologias se citan en esta obra.

APOLOGIA DE ATENAGORAS EN FAVOR DE LOS CRISTIANOS

ADVERTENCIA  
APOLOGIA DE ATENAGORAS.  
DE ATENAGORAS.

Nada es tan común como que se atribuya a Atenágoras, si no lo que él mismo escribió en su Apologia en favor de los Christianos, en su Tratado de la Resurreccion de los muertos; que habia compuesto muchas obras en defensa de la verdad. Estas dos obras son las únicas que se han librado de la injuria de los tiempos. En muchos lugares de su Apologia parece, que tuvo presentes las de San Justino; aunque sin duda por ciertas razones de prudencia y de discrecion se abstiene de participar á los Paganos, como hizo este Santo; lo que pasaba en las Juntas de los Christianos. Por lo demás, Atenágoras escribió mejor que el Santo Mártir, con mas gusto y elegancia, y con expresiones mas propias, para captarse la benevolencia de los Emperadores en una palabra; y es todo quanto se puede







de decir, manifiesta claramente, que era Ciudadano de Atenas. Quéjase primero de que se negaba á la verdadera Religion, la tolerancia que se tenia con las supersticiones mas absurdas del Paganismo, y de que en los procedimientos judiciales contra los Christianos inocentes, se violaban todas las formalidades, que se observaban escrupulosamente respecto de los criminales; y de aquí pasa á refutar las tres acusaciones, que se solian intentar contra los Christianos, *de ateismo, de incesto, y de que comian carne humana.*

Su Apologia da á conocer por todas partes al Filósofo Christiano. Está escrita con tanta solidez como modestia, y es exáctísima, si se exceptuan algunas opiniones arriesgadas acerca de los Demonios y de las segundas nupcias, que nuestro Filósofo condena pertinazmente, y las qualifica de adulterio disfrazado y especioso: *εὐπεπίστως Μομετά. Atenágoras*, dice el Señor Bosuet, *es Autor de una de las mejores y mas antiguas Apologias de la Religion Christiana.*

Esta Apologia, dirigida á los Emperadores Marco Aurelio, y Cómodo, no puede haber sido escrita, sino desde el año 176 de Jesu-Christo hasta el de 180; supuesto que Có-

modo fué declarado Augusto á fines de 176, y Marco Aurelio murió en 180. El Señor Fleuri se engañó, colocandola baxo el año de 166, y suponiendo que fué dirigida á Marco Aurelio, y á Lucio Vero, su asociado y hermano adoptivo; siendo así que lo es á los Emperadores Marco Aurelio Antonino, y Lucio Aurelio Cómodo, Armenios, Sarmáticos &c. Ninguno de los Autores de aquel tiempo da el nombre de Cómodo á Lucio Vero, despues de su exáltacion al Imperio; y Atenágoras en dos lugares de su Apologia, habla claramente *del Padre y del Hijo*. Desea, que *el Hijo suceda á su Padre*, y dice que *todo está sometido en el Imperio, al Padre y al Hijo*; lo qual no puede convenir sino á Marco Aurelio y á Cómodo. Además de esto, Marco Aurelio no tomó el sobrenombre de *Sarmático* hasta el año de 174, despues que venció á los Quados, al cabo de cinco años de la muerte de Lucio Vero. (Vease á Tillemont, *Mem. pour l'Hist. Eccl.* y á Ceillier, *Hist. des Aut. Ecclés.*)

Tom. I. N







sotros, ó grandes Príncipes, Príncipes humanos, Príncipes sabios, vosotros debéis defendernos por medio de las leyes. No implorámos para nosotros sino aquella misma beneficencia, que es la base de la felicidad de vuestros pueblos. Haced, pues, de modo, que nosotros podamos tambien tributaros gracias, y congratularnos de estar, mediante vuestra proteccion, á cubierto de los tiros de la calumnia. Vuestra justicia es demasiado grande, para que podais sufrir, que al paso que á ningun acusado se le castiga hasta despues de convencido; nosotros únicamente seamos condenados por solo nuestro nombre, sin que se atienda á nuestras razones: porque es constante, que los Jueces no exâminan, si un Christiano ha cometido algun delito, sino que este nombre va por sí solo acompañado de la infamia del crimen. Pero no hay cosa mas indiferente en sí, que un nombre: las buenas ó malas acciones son las que caracterizan al hombre de virtuoso ó vicioso. Vosotros mismos, ó Príncipes sábios y Filósofos, conocéis lo que yo digo mejor que nadie. Todos los que son citados ante vuestro Tribunal, por qualquiera crimen que sea, descansan sobre la seguridad que tienen de que no se les hará un crimen de sus nombres, ni los condenaréis tampoco, sino se prueban los delitos que se les imputan; de que la justicia sola, en una palabra, dictará la sentencia de su condenacion, ó de su justificacion.

No piden los Christianos, sino solo aquello que concedéis á todos nuestros vasallos, como una justicia. Que no se nos aborrezca, y que no se nos castigue por solo nuestro nombre, que no es por cierto ningun crimen; sino que primero se tomen informaciones acerca de los crímenes, que se nos imputan. Quando seamos convencidos, castiguesenos enhorabuena; pero declaresenos tambien por inocentes, si lo somos en la realidad. Me atrevo á asegurar, que no encontraréis criminales entre los Christianos, y si es que encontrais alguno, no lo reputeis por Christiano, porque no lo es sino en el exterior. Quando se procede en juicio contra un Filósofo, no se le juzga inocente ó culpable, á causa de la ciencia que profesa; sino que, si se averigua que es criminal, es castigado, sin que de este hecho se le siga deshonor alguno á la Filosofía, que es inocente, y no se puede decir que es criminal, sino porque no es un verdadero Filósofo; pero si la acusacion es calumniosa, queda absuelto. Pues á este modo, tratesenos con la misma justicia, exâminese nuestra vida; pero quede absuelto nuestro nombre.

Antes de dar principio á nuestra Apología, debo, ó grandes Príncipes, suplicaros, que me escuchéis con la imparcialidad de que estaispreciados, y que no os dexéis llevar de hablillas populares y absurdas. Haced que el amor á la verdad y á la ciencia, que profesais, presida á nues-



tra sentencia: y quando hubiesemos nosotros confundido la impostura, dexará indubitablemente de hacernos la guerra.

N. 3. Tres son los enormes crímenes de que nos acusan; conviene á saber, de que somos ateistas, incestuosos como Edipo, y antropófagos como Tiestes. Si llegan tales crímenes á justificarse, no perdoneis edad ni sexó, exterminadnos sin comiseracion: porque ¿qué género de suplicios podría igualar á una especie de delitos, de que apenas se encontrarán exemplos entre los animales mas feroces? Pero si todas estas acusaciones no son mas que unas atroces calumnias, y una consecuencia natural del encarnizamiento del vicio contra la virtud, supuesto que por un decreto divino, se ha encendido una guerra eterna entre los seres que son contrarios; si vosotros mismos, digo, sois testigos de nuestra inocencia; es obligacion vuestra aseguraros acerca de nuestra conducta, de nuestra doctrina y de nuestra sumision á vuestra autoridad y á vuestras personas. La equidad pide, que se mantenga igual la balanza entre nuestros acusadores y nosotros. De este modo pueden estar seguros de la victoria unos hombres, que todos los días ofrecen sus vidas por la verdad.

N. 4. *Or.* I. Atenágoras refuta la acusacion de Ateismo. Cita un número considerable de Autores Paganos, Filósofos y Poetas, que han opinado diferentemente acerca de la Divinidad; y demues-

tra que los mas ilustres no han reconocido en el fondo sino un Dios, un Sér, y aun solo un Espiritu Supremo, que ha formado los cuerpos, ó por lo menos que los mueve y los gobierna. ¿Por qué, pues, continúa este Filósofo Christiano, se les ha de permitir que digan y escriban quanto se les antoje acerca de Dios, sin otro fundamento que el que prestan algunas conjeturas muy arriesgadas; y la ley nos ha de hacer un crimen á nosotros, que estamos ciertos de nuestra doctrina, y que podemos probarla con solidéz? En efecto, de aquí pasa á probar, por medio del discurso y de los Profetas, que no puede haber sino un Dios.

Los Atenienses, dice, condenáron á Diágoras como Ateista, y lo condenáron con razon, porque negaba abierta y públicamente la existencia de un Dios. Pero ¿qué fundamento puede haber, para que se nos condene como Ateistas á nosotros, que confesamos abiertamente la existencia de Dios, que lo distinguimos de la materia, y enseñamos que un espacio inmenso los separa; que Dios es eterno é increado; que el alma solamente y la razon pueden conocerlo, pero que la materia es creada y corruptible? Si nosotros opinásemos como Diágoras acerca de la Divinidad, no obstante que esta se manifiesta por todas partes en la admirable armonia, en el orden inalterable, en la inmensidad, en la magnificencia del universo; enhorabuena que nos tratasen de Ateistas, y nos cas-



tigasen como á tales: pero puesto que nosotros reconocemos un Dios sin principio (porque lo que es no comienza, sino solamente lo que no es), un Dios, vuelvo á decir, que todo lo ha hecho por su Verbo; es contra toda razon, y contra toda justicia, que nos desacrediten y nos persigan como á Ateistas.

No reputais por Ateistas, ni á los Poetas, como Eurípides y Sófocles, que no admitian, segun se vé, sino un Dios principio de todas las cosas, ni á los célebres Filósofos, que han opinado del mismo modo. Platón reconocia un solo Dios eterno é increado, padre de los Dioses; Aristóteles da el nombre de Dios á un animal compuesto de cuerpo y alma, de una alma que preside al cuerpo, y que es inmovil, aunque es principio de todo movimiento; los Estóycos finalmente pretenden que Dios es un Espíritu, que está sujeto á las mutaciones de la materia que penetra, un fuego que encierra en sí las semillas y la vida de todos los seres, conocido baxo distintos nombres, pero realmente único. Sin embargo, pues, no los teneis por Ateistas, y permitis que sostengan sus diversos sistemas acerca de la Divinidad; los cuales sistemas no los han recibido de Dios, sino que cada uno se los ha forjado á su antojo; por cuyo motivo se han descarreado y dividido en tantas opiniones opuestas, acerca de Dios, acerca de la materia, y acerca del mundo. ¿Cómo es, pues, que nos teneis

á nosotros por Ateistas? ¿Por qué pretendéis quitarnos el derecho que tenemos, de conservar acerca de la Divinidad los sentimientos, que nos han sido revelados por los Profetas, inspirados por el Espíritu divino? Vuestra sabiduría y vuestra piedad os harán ver, que sería enteramente injusto abandonar una creencia, que nos han transmitido los Profetas de Dios, para dar sobre ella la preferencia á unas opiniones humanas.

N. 8. El discurso, de acuerdo con la autoridad divina, nos convence de que no puede haber mas que un Dios. Si hubiera muchos, como todos serian increados, no podrian ser semejantes (a); supuesto que solamente puede hallarse la semejanza entre seres creados y engendrados unos de otros. Por otra parte, Dios es un sér simple, inalterable é impassible. ¿En qué lugar podrian estar estos Dioses, si hubiera muchos? Ni podrian estar en el mundo, ni sobre el mundo; porque el Criador del mundo llena necesariamente el mundo, que es su obra: ni podrian gobernar al mundo ni á los hombres que únicamente dependen de su Autor: ni podrian estar en parte alguna; ni finalmente podrian hacer nada. Con qué no hay sino un Dios, autor, conservador y moderador de los hombres y del mundo.

(a) Sin duda, como los Paganos imaginaban á sus Dioses. Conviene tener presente, que nuestro Apolo-

gista habla con aquellos, en cuya suposicion, sus razones son tan oportunas como sólidas.



N. 9. Si nuestra doctrina no estuviese apoyada mas que sobre el discurso, no pasaria los límites de una doctrina humana; pero nosotros la hemos tomado de los Profetas. Porque no es posible que ignoreis, segun es vuestra ilustracion, que nosotros hemos tenido un número considerable de Profetas, como Moysés, Elías, Jeremías, &c. por cuyos órganos nos ha revelado Dios las verdades que profesamos.

Escuchemoslos. «El Señor es nuestro Dios, y no hay nada que se pueda comparar con él. Yo soy Dios, dice el mismo, primero y último: no hay otro Dios que yo; no ha habido tampoco Dios alguno semejante á mí, ni lo habrá jamas. El Cielo es mi trono, y la Tierra es el escabelo de mis pies. ¿Qué morada podriais construir para mí?» (*Isai.* 41. 43. 45. 65.)

N. 10. Yo he probado suficientemente, concluye Atenágoras, que de ninguna manera somos nosotros Ateístas, supuesto que reconocemos un Dios que existe por sí mismo, un Espíritu puro, eterno, invisible, impasible, inmenso, Todo-Poderoso, que todo lo ha criado y ordenado, y que todo lo conserva por su Verbo ó su Hijo. No hay, pues, para que ridiculizar la idea que nosotros tenemos del Hijo de Dios. Lo que nosotros creemos acerca de Dios y de su Hijo, no se parece de ningun modo á las fábulas de los Poetas, que pintan á sus Dioses ni mas ni menos que á los hombres. El Hijo de Dios es el pensamien-

to y la virtud del Padre: el Padre y el Hijo no son sino uno: el Hijo está en el Padre, y el Padre está en el Hijo, por la unidad y poder del Espíritu.

Si os quereis servir de la sagacidad de vuestro ingenio, para comprehender, quien es este Hijo, yo os lo diré en pocas palabras. Es la primera produccion del Padre; no porque haya sido hecho como las criaturas, pues desde el principio, Dios que es un espíritu eterno, tiene en sí mismo su razon, su Verbo eterno; sino que este mismo Verbo ha sido la forma y principio de todas las criaturas. Asi nos lo enseña el Espíritu Profético: *El Señor me poseyó en el principio de sus caminos para sus obras.* (*Prov.* 8.) Y este mismo Espíritu Santo que ilumina á los Profetas, decimos tambien, que dimana de Dios, al modo que el rayo dimana del Sol. Esto supuesto, ¿quién no se admirará de que sean tachados de Ateístas aquellos que dicen, que hay un Padre Dios, un Hijo Dios, y un Espíritu Santo, unidos en poder, y distintos en orden? Ni aquí para nuestra Teología; porque además de todo esto reconocemos tambien un número considerable de Angeles y de Ministros, que Dios ha criado, y á quienes ha encomendado la custodia de los elementos, de los cielos y del universo.

N. 11. Atenágoras pasa luego á la moral. Yo, dice, os explico con exâctitud nuestra doctrina, para que sabedores de la verdad, desprecieis las